

Hojitas de Fe

Vigilad, orad, resistid

273

II. Defensa de la Fe

La lepra de la Iglesia de Dios

*Mucho ha pecado Jerusalén, por eso se ha hecho cosa impura.
Todos los que la honraban la desprecian, porque han visto su desnudez;
y ella misma gime y se vuelve de espaldas...
«¡Mira, Yahveh, mi miseria, que el enemigo se agiganta!»*
(Lam. 1 8-9)

A un ritmo pendular, los medios de comunicación divultan *la caída indigna de los ministros de Jesucristo*, cuyas faltas escandalizan legítimamente tanto a fieles como a infieles. En los últimos meses han revelado, no ya casos aislados de pedofilia u homosexualidad, sino pecados en serie, denunciando incluso redes homosexuales que hacen estragos en el interior mismo del Vaticano. El honor de Jesucristo, la santidad de la Iglesia, la dignidad sacerdotal y hasta el nombre cristiano resultan manchados con ello. Muchos fieles, entre desorientados, entristecidos y asqueados, se hacen preguntas. Estas breves consideraciones desean aportarles algún esclarecimiento, tanto para sí mismos como para sus familiares y amigos.

1º Los pecados incriminados constituyen *faltas gravísimas*. La *homosexualidad* es uno de los cuatro pecados que claman venganza al cielo; y por lo que a la *pedofilia* se refiere, su carácter aborrecible lo hace sumamente indignante, y más cuando quienes cometen estos pecados son sacerdotes, a quienes la santidad de su estado debería encumbrar a la perfección. Si no hacen *penitencia*, estos culpables se preparan a caer en las manos del Dios vengador, «*de quien nadie se burla*»; pero si se arrepienten de sus crímenes y se esfuerzan, en la medida de lo posible, por reparar el mal cometido, no hay duda de que la misericordia infinita de Dios los acogerá también a ellos. La historia de la salvación muestra elocuentemente la eficacia de la gracia divina, capaz de convertir instantáneamente a los buenos ladrones.

2º Aunque estas faltas y la penitencia de las mismas recaen principalmente sobre quienes las han cometido, la *oración* y la *expiación* deben ser la lote de todos los cristianos, sobre todo de los sacerdotes, según el ejemplo que nos dio Jesucristo, expiando –El que era inocente– las faltas de los pecadores. Cada escándalo en la Iglesia debe ser para sus hijos una invitación a una vida de oración y penitencia. La misericordia no consiste sólo en perdonar, sino en asumir también una parte de expiación.

3º Más allá de esta justa indignación y de esta necesaria expiación, la amplia publicidad dada a estos escándalos lleva a preguntarse por qué las revelaciones

conciernen sólo a **sacerdotes católicos**, y no a representantes de otras religiones, educadores laicos o familiares culpables.

Las estadísticas indican que, en Francia, 9 clérigos (entre sacerdotes y diáconos diocesanos) están actualmente encarcelados por violencia sexual cometida con menores, lo cual equivale al 0,06% de los clérigos en ejercicio; a los cuales, si sumamos los que ya han cumplido condena por los mismos cargos, o son examinados por estos delitos, llegamos a 72 casos en total, esto es, el 0,48% de los clérigos en ejercicio. A título comparativo, téngase en cuenta que las violaciones y agresiones sexuales ascendieron a 14.796 en 2012, de las cuales el 75% fueron incestos (esto es, cometidos por parientes), y el 29% fueron cometidas por menores (que ante la ley son inimputables).

4º Claro está que el pecado de un sacerdote es más grave que el de cualquier otro hombre; pero estos pecados merecen ser denunciados y castigados en todos los demás casos, y no sólo cuando el culpable de los mismos es un sacerdote. Por este motivo, tras la tenebrosa realidad de dichos crímenes, y la divulgación masiva e indiscreta que de ella se hace, podemos distinguir la sombra de Satanás, que **tal odio tiene hacia el sacerdote**, que se empeña en hacerlo caer en el lodo, y quiere arrastrarlo luego por el barro públicamente, a fin de empañar mejor el honor del divino Maestro.

5º Y si es legítimo manifestar estos casos, y justo castigar a los culpables, igualmente equitativo es recordar los **numerosísimos sacerdotes santos** que han ilustrado la Iglesia con su pureza y su abnegación por la juventud. ¿Habrá que rememorar los nombres de San Juan Bosco, San Juan Bautista de la Salle, San Miguel Garicoitz, el Padre Timon David? ¿Habrá que señalar las miradas de religiosos y sacerdotes que han consagrado toda su vida, a menudo con una discreción admirable, a la educación de la juventud? *La traición de Judas no debe hacernos olvidar el martirio de los otros once apóstoles.* El escándalo de varios, y aun de muchos, no ha de hacernos olvidar que Europa fue el lugar de la civilización más elevada porque fue la Cristiandad, y que uno de sus más hermosos títulos de gloria fue el de haber arrancado la infancia a la triste condición que sufría en el paganismo.

6º Y si la **violencia corporal** infligida contra estas víctimas inocentes provoca una muy razonable indignación, mucha mayor indignación debería despertar la **violencia espiritual** que la educación laica y sin Dios ejerce sobre la inmensa mayoría de los niños, injustamente privados de Dios y de la vida sobrenatural, y expuestos a una corrupción sistemática mediante leyes tales como la *educación sexual obligatoria* y la *ideología de género*.

Al origen de estos males.

7º Ante estos escándalos, uno de los interrogantes más acuciantes es saber **cómo se ha llegado a este estado de cosas**. Las causas, numerosas, son, unas de orden eclesiástico, otras de orden profano.

CAUSAS A NIVEL DE LA IGLESIA. Más allá de la malicia y debilidad personales, es evidente que había fallas y graves negligencias en el nombramiento de los

superiores eclesiásticos, en la selección y formación de los candidatos al sacerdocio, en la ausencia de sanciones por estos crímenes. ¿Cómo explicar si no, a modo de ejemplo, que en la Iglesia hayan podido constituirse y mantenerse verdaderas redes homosexuales, que permitieron a sus miembros catapultarse a los más elevados puestos?

8º El **gran movimiento de apertura al mundo**, preconizado por Pablo VI con motivo de la clausura del Concilio, introdujo en la Iglesia el espíritu del mundo con todos sus vicios.

Desde hace ya varios decenios, antes y después del Concilio, el liberalismo, el progresismo y el naturalismo produjeron sus efectos deletéreos en muchísimas almas consagradas. La experiencia desastrosa de los sacerdotes obreros fue la más flagrante ilustración: el sacerdote debía ser un hombre como los demás, trabajar en la fábrica, no llevar ya el hábito eclesiástico, mezclarse con todos. El resultado no se hizo esperar, y la mayoría de esos desdichados sacerdotes acabó casándose y dejando el sacerdocio.

A fuerza de decir que ya no había que condenar al mundo, ni hablar del pecado y de las postrimerías, ni «insistir» en la moral sexual, y que, en cambio, había que hacer alarde de apertura de espíritu, y exaltar la dignidad del hombre y del cuerpo humano, ¿qué sucedió? Que se fueron eclipsando paulatinamente la humildad cristiana, la mortificación, la ascesis, las normas más elementales de prudencia, la confesión frecuente, la oración asidua, el pudor.

9º San Pablo había advertido ya a los Romanos que Dios castiga el pecado de infidelidad con la **ceguera de la mente**, la cual conduce a su vez a los **pecados contra natura**.

«Porque, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, antes bien se ofuscaron en sus razonamientos, y su insensato corazón se entenebreció: jactándose de sabios se volvieron estúpidos, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una representación en forma de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos, de reptiles. Por eso Dios los entregó a las apetencias de su corazón hasta una impureza tal que deshonraron entre sí sus cuerpos... Por eso los entregó Dios a pasiones infames; pues sus mujeres invirtieron las relaciones naturales por otras contra la naturaleza; igualmente los hombres, abandonando el uso natural de la mujer, se abrasaron en deseos los unos por los otros, cometiendo la infamia de hombre con hombre, recibiendo en sí mismos el pago merecido de su extravío» (Rom. 1 21-27).

Desde entonces, no es de extrañar que este mismo fenómeno se verifique trágicamente en la Iglesia de Dios: la **crisis de la fe sin precedentes va acompañada correlativamente de una crisis moral desastrosa**. Es impresionante comprobar que los países más afectados por estos males son los que se vieron más marcados por el liberalismo y el progresismo.

10º CAUSAS A NIVEL DE LA SOCIEDAD. Los medios de comunicación se empeñan en revelar las torpezas de los ministros del santuario, como si su origen se hallara únicamente en la Iglesia. El mal es más complejo. La Iglesia no es del mundo, pero sus hijos viven en el mundo. Hay una influencia recíproca que se patentiza en los escándalos actuales. La sociedad contemporánea alcanza **niveles**

de impureza nunca vistos: cine, internet, televisión, teatro, publicidad, exposiciones de «arte», medios de comunicación en su conjunto, difunden un mensaje omnipresente y constante de lujuria en las imágenes, en los temas hablados, en los «modelos» presentados.

11º Promovida por los medios de comunicación, ***la lujuria y sus consecuencias son institucionalizadas y legalizadas*** por el poder público: aborto, promoción de la homosexualidad, educación sexual en las escuelas, distribución masiva entre las jóvenes de la píldora del día después, imposición de la ideología de género, etc. Y no sólo se estimula la lujuria bajo casi todas sus formas, sino que además ***se vilipendia, ridiculiza e incluso condena a quienes se oponen a ello.*** ¡Cuántas veces la Iglesia ha sido objeto de burla, por ser la única, en este mundo de pecado, en predicar una auténtica castidad consagrada y una verdadera castidad en el matrimonio!

¿Habrá que asombrarse demasiado de que en este clima hedonista y pornógrafo, en que se aplaude calurosamente la menor deriva, algunos hombres consagrados, que siguen viviendo en el mundo, se vean moralmente fragilizados, y aumente la porción de «*ramas podridas*»? En nuestros medios de tradición se señalan a menudo ***los males y desastres causados a la sociedad civil*** por la separación de la Iglesia y del Estado. Hoy se manifiesta trágicamente otra consecuencia paralela, a saber, ***el daño causado a la Iglesia*** por esta paganización del mundo.

¿Hacia una reforma de la Iglesia?

12º La situación actual de la Iglesia ha llegado a ser tal que no sólo reclama algunas medidas de rectificación –menos aún de relajación– de las exigencias sacerdotales, sino ***una verdadera reforma***. Indudablemente hay que cambiar a muchos superiores, velar por la aplicación de penas serias, por el establecimiento de los debidos filtros en la elección de los candidatos al sacerdocio, por la correcta formación de los seminaristas; pero todas estas medidas resultarán estériles si no se fundan en ***una reforma en profundidad***, ante todo de la santidad sacerdotal, pero también de las familias cristianas, en cuyo seno nacen la mayoría de las vocaciones sólidas.

En la Iglesia de Dios, toda reforma auténtica comienza por una ***restauración de la vida teologal***, esto es, de las virtudes de fe, esperanza y caridad. Quiera Dios que esta corrupción de las costumbres sirva de señal providencial que abra los ojos de muchos, para que por fin logren discernirse y tratarse las causas profundas y doctrinales de esta crisis de la Iglesia. Que la vida de fe, oración y penitencia de los cristianos adelante este día bendito.

Padre FRANÇOIS-MARIE CHAUTARD,
sacerdote de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X